

¿PUEDEN LOS LEGOS EJERCER EL ANÁLISIS?

DE SIGMUND FREUD

Olga Salgado Moreira

Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica

Montevideo, Uruguay

Correo electrónico: olgasalgado52@gmail.com

ORCID: [0000-0002-0800-2348](https://orcid.org/0000-0002-0800-2348)

Para citar este artículo / To reference this article / Para citar este artigo

SALGADO MOREIRA, O. (2022). ¿Pueden los legos ejercer el análisis? (de Sigmund Freud). *Equinoccio. Revista de psicoterapia psicoanalítica*, 3(1), 137-157.

DOI: doi.org/10.53693/ERPPA/e3.1.9

Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)

Sobre el texto y su autora

En este número de la revista *Equinoccio*, dedicado a la formación del psicoterapeuta psicoanalítico, no podía faltar el punto de vista de Freud. Aunque no hay un texto específico sobre el tema en la vasta obra freudiana, sí hay numerosos escritos sobre la técnica del análisis y muchas referencias a las aptitudes que deben reunir los analistas para ejercer. De esa serie de textos, ninguno es más elocuente que *¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial*, de 1926. Aunque la motivación para su escritura estuvo dada por un suceso coyuntural ante el cual Freud sintió imperativo dar su punto de vista, este trabajo se transformó en un examen detallado de las competencias necesarias para ser analista, diferentes y, en cierto sentido, opuestas a las exigidas para el ejercicio de la medicina.

En esta oportunidad, la relectura no consiste en la reedición del texto —tal como lo hemos realizado en anteriores entregas de la revista—, sino en su comentario. Se ha tratado de ofrecer una visión del texto actualizada y en perspectiva, a través de la mirada de una colega que conoce y enseña desde hace más de treinta años la obra de Freud.

Olga Luz Salgado es licenciada en Psicología, su segunda opción universitaria, luego de haber cursado cuatro años de Medicina. Trabaja en clínica desde sus comienzos. En los primeros años, en inserción institucional honoraria y, luego, desarrollando práctica privada con niños y adultos, así como en ejercicio *extramuros* en un centro de diálisis, donde acompañó pacientes a lo largo de veinticinco años.

Realizó su formación específica en psicoanálisis en grupos privados y en la Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica (AUDEPP), donde cursó los seminarios curriculares e integró durante más de diez años un grupo de investigación en psicoanálisis de niños.

Ha desarrollado la función docente en el Área de Psicoanálisis de la Facultad de Psicología de la Universidad de la República, así como en los seminarios curriculares y de profundización de AUDEPP y en su Instituto Universitario de Posgrado (IUPA), desde su fundación, en 2005, hasta el presente. Entiende la docencia como una forma de seguir profundizando en esta disciplina.

El trabajo de Sigmund Freud escrito en 1926, que releemos hoy, surgió a raíz de una circunstancia concreta: la acusación a Teodoro Reik, analista en Viena, de prácticas impostoras, no legales (Freud, 1926/1976b). Hoy lo releemos, precisamente, desde su inserción en el momento histórico en que se escribió. No podemos realizar esta relectura sin ver lo circunstancial de su complejo contexto, que involucra la historia del movimiento psicoanalítico y el papel de Freud en esa organización naciente, así como el marco general de las reglamentaciones profesionales, en boga en ese momento. Por otro lado, valoramos el artículo mismo y su estilo literario, que hace de él una joya.

«A medida que la medicina se torna cada vez más científica, los estados sienten una necesidad creciente de reglamentar sus actividades terapéuticas», nos dice Elizabeth Roudinesco en su biografía de Freud (Roudinesco, 2015). Estas reglamentaciones buscaban proteger a los pacientes de los *impostores*. Esta psiquiatría también había incluido al *loco* dentro de un marco nosográfico. Y Freud —procedente de la neurología y la fisiología, que había construido su disciplina como una rama de la psicología— era a la vez heredero del magnetismo de Mesmer, del hipnotismo, de la sugestión y de la catarsis, y terminó en la transferencia.

El psicoanálisis devolvía la palabra al sujeto y realizaba la antigua idea de que el paciente, más que el médico, tiene el poder de acabar por sí mismo con sus sufrimientos psíquicos.

En ese momento en Europa y Estados Unidos ya había instituciones destinadas a formar profesionales psicoanalistas. En la interna psicoanalítica, luego de una larga historia de traspies y escándalos, desde 1920 se encuentra instalado el Instituto Psicoanalítico de Berlín, de formación,

así como su policlínico, que daba asistencia gratuita de terapia psicoanalítica a cargo de Max Eitingon y que fuera modelo de otros institutos posteriores.

El momento tiene sus contradicciones, como le dice Sándor Ferenczi a Freud en carta del 25 de diciembre de 1920: «las cosas van mal para todos nosotros, pero muy bien para nuestra causa [...] la causa nos devora y en cierta forma nos disolvimos en ella» (Roudinesco, 2015, p. 229). Las consecuencias de la guerra y el sostenimiento personal de todos ellos no estaban siendo fáciles. En esta relectura intentaremos acercarnos a los hechos concretos que provocaron que Freud escribiera el artículo del que hoy nos ocupamos, aparecido en setiembre de 1926 en el contexto del proceso judicial contra Reik.

En 1924, según relato de Roudinesco (2015), Freud le deriva a Reik un paciente estadounidense, Newton Murphy, para que siguiera una cura psicoanalítica, sin haber advertido que el paciente presentaba signos de psicosis. Murphy, enemistado con Reik, lo denuncia por ejercicio ilegal de la medicina. En febrero de 1925 se le prohíbe a Reik el ejercicio del análisis.

Antes de este episodio, en el marco de reglamentaciones del ejercicio médico, Arnold Doring, quien pertenecía al Consejo Superior de Salud de la ciudad de Viena, había pedido a Freud una evaluación sobre el hecho que los no médicos practicaran el análisis. A su vez, el 8 de marzo de 1925, Freud le escribió a Julius Tandler, y Reik lo visita para tratar de que interceda en la denuncia efectuada contra él, pero no ocurre el resultado previsto. Tandler, médico austríaco reconocido por su acción política a favor de la medicina social, era conocido de Freud y se habían relacionado por la inquietud que presentaban las neurosis de guerra.

Este proceso judicial contra Reik tuvo implicancias personales para Freud, por su cercanía. Además, Freud había sido impulsor de su práctica y de su formación, y había desestimado que hiciera formación médica, pero había motivado que se ocupara de otras disciplinas (Reik era, de

hecho, doctor en Filosofía). Este episodio se convierte en una pieza más del ataque al psicoanálisis, que ya llevaba una larga historia en 1925.

La estructura del movimiento psicoanalítico contaba ya con una institucionalización firme desde 1920, con crecientes reglamentaciones internas. En 1923, se establecieron sus grandes reglas: análisis personal, revisión de la práctica por un colega experiente (figura del didacta) y formación específica. Se trataba de una organización sobre la que Freud tenía acuerdo e influencia, pero que funcionaba con autonomía respecto a su persona. En efecto, tampoco estaba libre de contradicciones entre el pensamiento de Freud y las conveniencias institucionales que defendían actores como Ernest Jones y Max Eitingon en ese momento.

En sus comienzos, el psicoanálisis tuvo muchos flancos de ataque y no todos eran infundados, como el conocido caso de Hermine Hug-Hellmuth. La mayoría se debían a que la organización acogía entre sus seguidores o miembros a personas que a la postre se vislumbraban como psicóticos. Por lo tanto, la reestructura de 1920 trató de tener una fuerte protección contra errores de ese tipo a la hora de admitir a sus miembros.

En ese escenario, la prohibición de ejercicio que recayó sobre Reik amenazaba la riqueza del movimiento psicoanalítico, que se debía a la diversidad de quienes se habían unido a él. «Originarios de los cuatro puntos cardinales de Europa y casi todos políglotas, los freudianos habían adquirido una gran cultura en el ámbito de las ciencias, las letras, la sociología, la filosofía y la antropología [...]. Pocos de ellos eran autodidactas» (Roudinesco, 2015, p. 235). Entre ellos se encontraba Reik, quien tenía una cercanía especial con Freud, a quien consideraba un genio; para él el amor común por Goethe había precedido a su amor por Freud, y este último lo respetaba y le reconocía talento.

Disidentes como Whihelm Stekel, presidente de la Asociación de Analistas Médicos Independientes, también se dispusieron a combatir

contra el «psicoanálisis lego», como se le decía al que ejercían los no médicos. Por otra parte, se decía que la moda del freudismo perjudicaba al turismo vienés por los muchos extranjeros que ocupaban residencias para frecuentar el diván de la Berggasse.

Todo ello configuraba un nuevo ataque al psicoanálisis.

La postura de Freud en *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* (1926/1976b) está lejos de ser unánime en el propio movimiento psicoanalítico de su época. Diríamos que encarnaba un posicionamiento que, como bien dijo Jean Bertrand Pontalis en el prólogo de la edición francesa de 1985, «para Freud, seguramente, la cuestión del análisis profano (lego), era la cuestión del análisis mismo» (Roudinesco y Plon, 1998).

El texto, escrito en un estilo ágil y vivaz al decir de James Strachey (1976), tiene enormes virtudes de forma. Por ejemplo, un diálogo entre Freud y un «juez imparcial», que, según nos dice en el epílogo, podría corresponder a un alto funcionario, «de benévolas intenciones y de integridad poco común» (Strachey, 1976, p. 169). Esas características hacen del texto una pieza a tener en suma consideración.

Con lo dicho hasta aquí, se me ocurre que la lectura de este texto de Freud (1926/1976b) es muy recomendable para aquellos que se interesan por la formación psicoanalítica y que sienten la exigencia de ir dilucidando cuál es su especificidad. Freud separa dicha especificidad de la medicina y, diríamos también, de la psicología a partir de las formulaciones metapsicológicas (Roudinesco, 2015). Este texto tiene la virtud de expresar los distintos tópicos en los que incursiona en un lenguaje para no iniciados, haciendo gala de no haberse desprendido del lenguaje coloquial, tan caro como fuente de conocimiento para Freud.

Sin pretensión de ser exhaustivos, recorreremos a continuación los siete capítulos poniendo de relieve lo que nos toca particularmente por nuestros recorridos previos.

La obra comienza con una descripción de la situación analítica. Esta no admite observadores externos, pero aquellos que la han vivido, sea desde cualquiera de los lugares, la podrán reconocer. Pone la nota en el valor desigual de cada una de las sesiones, lo que los participantes solo en la intimidad pueden colegir. Y acentúa el factor afectivo que subtiende al encuentro, dando importancia al influjo personal del analista (factor sugestivo), que desempeña también un papel.

En el segundo capítulo desarrolla la teoría o, como le gusta decir a Freud (1926/1976b), «una doctrina psicológica» (p. 179). Ubica esa teoría marcando su universalidad como «ese fundamento común de la vida anímica» (p. 180) que hasta entonces han omitido los psicólogos.

Si bien la teoría que trata de explicitar se basa en el yo de la segunda tópica, en una exposición que es contemporánea a la escritura de *Inhibición, síntoma y angustia* (Freud, 1926/1976a) hace también mención a los sueños como aquello que su joven ciencia recoge de pleno derecho para la vida anímica y que no había sido tenido por la ciencia formal como digno de consideración. Nos encontramos con una descripción del yo digna de resaltar:

reconocemos en el ser humano una organización anímica interpolada entre los estímulos sensoriales y la percepción de sus necesidades corporales, por un lado, y sus actos motores, por el otro, que media entre ambos términos con un propósito determinado. Llamamos a esta organización su yo. (Freud, 1926/1976b, p. 182)

También expresa cómo el saber popular da cuenta del ello a través de expresiones como «me sacudió» o «había algo en mí que en ese instante era más fuerte que yo» (p. 183).

A la vez, Freud (1926/1976b) va bosquejando muestras del tema central que lo ocupa, dando pinceladas de lo propio del analista y su

formación: «exigimos que todo aquel que quiera ejercer en otros el análisis se someta antes, él mismo, a un análisis» (p. 186). La creencia en el método depende de la vivencia adquirida en el análisis propio de aquel que luego lo va a ejercer.

El tercer capítulo se ocupa de la dinámica del funcionamiento psíquico, de las pulsiones y del principio de placer. Nos muestra un psiquismo encarnado: «las fuerzas que pulsionan al aparato psíquico a la actividad son producidas en los órganos del cuerpo como expresión de las grandes necesidades corporales» (Freud, 1926/1976b, p. 187). Y el aparato funcionaría básicamente buscando la satisfacción de las pulsiones, la rebaja de tensiones, lo que se siente como placentero; el principio del placer sería el regulador de la actividad anímica. El yo viene a ser el timón que permite alcanzar la meta de satisfacción, que puede ser inmediata o diferida. Aparece este yo, que guiará el proceso de llegar a la satisfacción, auscultando la realidad y sus posibilidades, o interviniendo en el mundo exterior y produciendo en él deliberadamente las condiciones de la satisfacción.

El interlocutor imaginario pregunta: «¿Y consiente el ello semejante gobierno por el yo, toda vez que, si le he entendido bien a usted, es el más fuerte de los dos?» (Freud, 1926/1976b, p. 188). Contesta Freud:

Sí; eso anda bien cuando el yo posee su íntegra organización y capacidad de rendimiento, tiene acceso a todas las partes del ello y puede ejercer su influjo sobre ellas. En efecto, no hay una enemistad natural entre el yo y el ello, que se copertenecen y, en el caso de la persona sana, prácticamente no se separan entre sí. (p. 188)

Para comprender cómo se llega a las perturbaciones del funcionamiento, se presenta el modo en que Freud vislumbra que el mundo exterior, la realidad, los otros y lo social altamente organizado, en lo cual

estamos insertos, hacen que los deseos pulsionales no se satisfagan y, en consecuencia, se produzca el trauma. Si se subsiste a él, se guarda una alerta ante el peligro de reedición del trauma, mediante un afecto de angustia. Encontramos aquí una forma clara y sucinta de explicar la complejidad de su texto contemporáneo *Inhibición, síntoma y angustia* (Freud, 1926/1976a).

Freud y su interlocutor vienen por el camino de explicar cómo se produce la enfermedad. Para ello hacen mención al yo infantil, que al comienzo es endeble y poco diferenciado del ello. Y tan dependiente —agregaríamos nosotros— de su entorno afectivo.

Como Freud pretende dar cuenta ante su árbitro imparcial de cómo se ocasiona la neurosis, hace una espléndida descripción del yo versus la represión. Explica cómo esta, de alguna forma, en la medida que excluye del poder del yo muchos contenidos, dificulta su síntesis, lo empobrece. Si bien esos contenidos no encuentran vías de salida directa, sí lo logran, aunque de manera deformada, por lo que aparece el síntoma. Tenemos neurosis: «el yo ha hecho el intento de sofocar de manera inapropiada ciertos sectores del ello, ha fracasado y el ello se ha tomado venganza» (Freud, 1926/1976b, p. 190).

Dice Freud que el yo entra en conflicto porque quiere «atenerse enteramente a la obediencia al mundo exterior» (1926/1976b, p. 190). El yo neurótico se somete a eso tan complejo que el autor llama el *mundo exterior*, que no es el de la simple percepción, sino el mundo humano, con sus fuertes determinantes socioculturales, según el momento y las peculiaridades de la cultura de un tiempo dado. «Tales oposiciones entre la realidad y el ello son inevitables y una de las tareas permanentes del yo es mediar entre ellas» (p. 190).

Luego vuelve a centrarse en la infancia y a explicar el porqué de su centralidad, en la medida que esta es el tiempo de las represiones decisivas. Con un yo poco desarrollado, cuando se le plantea una tarea ardua,

un conflicto que no puede enfrentar, lo resuelve con la exclusión de contenidos decisivos.

¿Y la tarea terapéutica?

En la medida que impulsamos al enfermo a superar sus resistencias en la comunicación, educamos a su yo para que venza su inclinación a los intentos de huida y para que soporte la aproximación a lo reprimido. [...] A menudo al yo adulto y fortalecido le parece un juego de niños aquello frente a lo cual el yo infantil emprendió la huida aterrizado. (Freud, 1926/1976b, p. 192)

El valor de lo infantil está muy ligado al yo infantil represor.

En el cuarto capítulo el autor se ocupa de lo sexual. Habiendo pasado por la estructura y la dinámica, ahora aborda los contenidos de la vida anímica. Aquí el diálogo con el interlocutor se vuelve *picante* por ser este un destacado representante de la vida cultural del momento, a la que Freud critica diciendo «cuán neurótica es nuestra vida cultural» (Freud, 1926/1976b, p. 194), con un especial prejuicio sobre lo sexual, lo que incluiría al interlocutor también.

El interlocutor comienza diciendo que hasta ese momento toda la exposición ha sido pura. Y Freud acota: «La vida sexual no es solo maliciosa picardía, sino un serio problema científico» (1926/1976b, p. 196). Logra, así, un gran despegue respecto del espacio sociocultural de su época. Nos encontramos con que las represiones que emprende el yo infantil son sobre mociones pulsionales sexuales que acompañan la vida desde el comienzo. El descubrimiento de la sexualidad infantil se cuenta entre los hallazgos significativos del psicoanálisis. La vida sexual infantil es caracterizada como diversa de la del adulto: «Se constituye y crece a partir de numerosas pulsiones parciales, con sus metas particulares y atraviesa

por varias fases de organización hasta que por fin se pone al servicio de la reproducción» (Freud, 1926/1976b, p. 196).

Aquí la relectura nos aparta algo del asentimiento: «por fin se pone al servicio de la reproducción» (Freud, 1926/1976b, p. 197), como si eso fuera un camino preformado por la herencia de la especie, que es tal como Freud lo concebía. Hoy tendemos a pensar que esa sexualidad infantil sería implantada desde el adulto que cría al infante, quien, con los cuidados y desde su propio inconsciente, seduce e implanta lo sexual infantil. El atisbo freudiano de esta concepción estaría en aquello afirmado en *Tres ensayos de teoría sexual* (Freud, 1905/1978) sobre que la madre sin saberlo toma al niño «como objeto sexual de pleno derecho» (p. 203).

Hemos visto estallar en nuestro mundo actual la relación entre la sexualidad y la reproducción, donde esta última puede verse asistida desde el laboratorio y, sin embargo, lo humano esencial parece seguir en pie. La época que nos toca vivir es muy diferente a la del entorno freudiano; las formas de ejercicio de la sexualidad adulta reconocen más el derecho al placer propio y ponen como límite el no daño al otro, pero no el encadenamiento a la supervivencia de la especie.

Otras afirmaciones son igualmente discutibles, como: «En la vida anímica del niño se registran hoy los mismos factores arcaicos que en épocas primitivas rigieron de manera universal la cultura humana» (Freud, 1926/1976b, p. 198). Esto no es aceptado ni lo era ya por la antropología de su época (Freud, 1913/1986). De igual modo, cuando dice: «Acercas de la vida sexual de la niña pequeña sabemos menos que sobre el varoncito» (Freud, 1926/1976b, p. 199), encontramos un Freud que, si bien fue muy adelantado al reconocer y abrir camino a la humanidad de la mujer, no escapa a los preceptos de su invisibilidad, pues esta quedaba aún situada en el *continente negro*, tan mentado.

Por el contrario, la vida sexual infantil sigue irguiéndose en su polimorfismo y desorganización, tal como fue descrita en 1905 (Freud,

1905/1978). Y sigue dando trabajo a los padres y educadores de hoy. El ensamblaje, tan importante a nivel del pensamiento infantil, que se produce en su enroque erógeno, sigue pidiendo aún más investigación.

Merecen particular interés, por su claridad y poder de síntesis, algunos párrafos del texto de Freud (1926/1976b):

los deseos incestuosos son una herencia arcaica de la humanidad y nunca se superaron por completo, de suerte que los dioses y sus retoños aun tenían permitido cumplirlos, cuando la mayoría de los comunes mortales ya había debido renunciar a ellos. En total armonía con estas enseñanzas de la historia y de la mitología, hallamos presente y activo todavía hoy el deseo incestuoso en la infancia del individuo. (p. 198)

Sin embargo, tiene mayor énfasis la historia sociocultural que conforman los poderes represivos a los que sigue teniéndose que adecuar el yo infantil.

También amerita detenernos en este pasaje: «El interés que presentan esos análisis de niños es de diversas clases, es posible que en el futuro cobren mayor importancia todavía. Su valor para la teoría está fuera de discusión» (p. 201). Lamentablemente, en la historia del desarrollo del pensamiento psicoanalítico esto no ha sido tan así, y recién en las últimas décadas aparece realmente como contribución a la profundización de la teoría.

Sobre el final del cuarto capítulo reconoce la encrucijada que implica la liberalización sexual y busca disminuir las represiones excesivas, ya que se pregunta si con esto «¿No se infringirá un extraordinario menoscabo a la aptitud para los rendimientos culturales?» (p. 203).

El desarrollo del quinto capítulo nos hace pensar que el propósito del texto está concluido, esto es, mostrarle a su juez imparcial qué clase de conocimientos hacen falta para el ejercicio del análisis, que no son los de la medicina. Pero aún parece que al recorrido anterior le ha faltado

complejidad, porque para explicar una de las principales oposiciones al progreso de los empeños terapéuticos resta incorporar la instancia del superyó. Así lo plantea Freud (1926/1976b):

dentro del yo mismo se ha de diferenciar una instancia particular que llamamos superyó. Pertenece al yo por su elevada organización psicológica, pero mantiene un vínculo muy íntimo con el ello. Este superyó puede contraponerse al yo, tratarlo como objeto y a menudo le da un trato muy duro. Es el portador de la conciencia moral. (p. 208)

Todo el nivel de resistencias es analizado acá, sobre todo aquellas relacionadas con el sentimiento inconsciente de culpa que aprisionan al analizado para no salir de su condición de enfermo o incapacitado. El autor muestra, entonces, que la empresa no es fácil y que «el mejor camino para abreviarla [a la cura] parece ser el de su correcta realización» (Freud, 1926/1976b, p. 210).

Otros aspectos, como el influjo personal y la transferencia, son insertados así:

El neurótico se pone a trabajar porque presta crédito al analista, y le cree porque adopta una particular actitud afectiva hacia la persona del analista. También el niño cree solo a las personas de quienes depende [...] usamos el influjo sugestivo particularmente grande (no para sofocar los síntomas) como fuerza para mover al yo del enfermo a superar las resistencias. (Freud, 1926/1976b, p. 210)

Surgen las dificultades:

ese vínculo afectivo posee la naturaleza de un enamoramiento, se vuelve exigente, reclama exclusividad, desarrolla celos y muestra rápidamente

prontitud para la hostilidad y la venganza, cuando no puede alcanzar sus propósitos, extinguiendo su interés por la cura y el restablecimiento. (Freud, 1926/1976b, p. 210)

Sin embargo, en el obstáculo halla las soluciones:

Y tomamos como objeto del análisis a ese mismo enamoramiento. [...] El paciente repite con el analista vivencias que pasó generalmente con sus objetos primarios. Actitudes anímicas que estaban prontas en él son repetidas. Aquí se llega al máximo de requerimiento de las exigencias de la técnica analítica. Aquí es posible cometer los más grandes errores o asegurarse los mayores éxitos. (Freud, 1926/1976b, p. 211)

Despachar al enfermo tan pronto como aparecen las cosas desagradables de su neurosis de transferencia no sería juicioso y además sería cobarde. Es cierto que en la realidad no se puede muchas veces hacer otra cosa, y se tiene que interrumpir el análisis. (Freud, 1926/1976b, p. 212)

Por el contrario, ceder a los reclamos de la transferencia sería dejar al paciente encerrado en eso mismo que lo enferma y privarlo de «la única salida posible de la situación de transferencia [que es] la reconducción al pasado del enfermo [...] esto exige mucha destreza, paciencia, calma y autosacrificio» (Freud, 1926/1976b, p. 213).

Sobre el final del quinto capítulo, Freud vuelve a la formación de los analistas en ese momento y nos remite a dos institutos que ya estaban en funcionamiento, uno en Berlín y otro en Viena, y a un tercero en Londres, pronto a inaugurarse por esos días. «En estos institutos los candidatos mismos son analizados, reciben instrucción teórica y [...] gozan del auxilio de un analista más antiguo y experimentado cuando se les permite hacer sus primeros intentos en casos leves» (Freud, 1926/1976b, p. 213).

Vemos en este párrafo una caracterización sintética pero completa del trípole que constituye hasta hoy la plataforma para la formación del futuro psicoanalista: análisis personal, estudio teórico y práctica supervisada.

Al haber mostrado cómo se necesita de una formación especial, que hace que el futuro practicante no sea realmente lego en el campo del psicoanálisis, Freud podría haber concluido el artículo, pues muestra con extensión que el psicoanálisis es una disciplina que necesita de su propia formación específica. Casi se diría que la medicina es lego respecto del psicoanálisis. Pero Freud reserva más argumentos aun.

Es así que en el sexto capítulo, con sutil ironía, dice: «Los médicos entregan al análisis el mayor contingente de “curanderos” [...] quien emprende un tratamiento sin poseer los conocimientos y capacidades requeridas para ello» (Freud, 1926/1976b, p. 214). Y agrega: «El médico ha recibido en la universidad una formación que es casi la contraria de la que haría falta como preparación para el psicoanálisis» (p. 216). Hablando de la psiquiatría, que sería la parte de la medicina presumiblemente más próxima al psicoanálisis, señala que «Busca las condiciones corporales de las perturbaciones anímicas» (p. 216). Esta unilateralidad por sí misma no es objeto de crítica para Freud, en tanto sostiene que «toda ciencia es unilateral y debe serlo pues se limita a determinados contenidos, puntos de vista, métodos» (pp. 216-217). Pero justamente por ello puede decir también que «El psicoanálisis es sin duda sumamente unilateral, en cuanto ciencia de lo anímico inconsciente» (p. 217).

Más adelante, asumiendo la voz crítica de los que se oponen a reconocer otra formación que la médica, dice: «vaya a saber uno si tiene algún valor lo que se enseña en los institutos analíticos» (Freud, 1926/1976b, p. 217). Atribuye esta falta de credibilidad de los institutos psicoanalíticos al hecho de que la universidad decidiera dar la espalda a la joven ciencia. Sin embargo, esa formación puesta en entredicho es importantísima en razón del daño que puede ocasionar una práctica incorrecta. Nos dice:

«Coloco el acento en la exigencia de que no pueda ejercer el análisis nadie que no haya adquirido títulos para ello mediante una determinada formación. Me parece accesorio que la persona sea o no un médico» (Freud, 1926/1976b, p. 219). Este caso es el suyo propio: tener los títulos del recorrido exigido tampoco asegura nada.

Freud ubica esta publicación más allá de lo concreto que la motiva y en respuesta a las prohibiciones propiciadas por el gremio médico que pretenden impedir por completo a los legos el ejercicio del análisis, tendencia que por otra parte imputa a una inclinación general de la política austriaca (*furor prohibendi*). En la exposición de estos argumentos nos encontramos con una frase, semejante a esas observaciones finas de la realidad, muy freudianas y valiosas que pueden valer fuera del contexto; la frase dice: «donde hay solo unas pocas prohibiciones se las respeta escrupulosamente, pero si las prohibiciones lo acompañan a uno dondequiera que vaya, se siente formalmente la tentación a desobedecerlas» (Freud, 1926/1976b, p. 221).

Tratando de abordar más allá de la circunstancia el problema del ejercicio del psicoanálisis, Freud (1926/1976b) se pregunta si debe estar sometido a la intervención de la autoridad o dejarlo librado a su desarrollo natural. Él se muestra partidario de que siga por su propio camino. Su posición respecto al tema que convoca el artículo tiene efecto de presión entre sus colegas analistas, ya que muchos de ellos apoyarían la prohibición del ejercicio para los no médicos. Freud mantiene su postura, aunque no sea apoyado por el movimiento psicoanalítico en su totalidad. Mantiene siempre un lugar de autonomía frente a la institucionalidad psicoanalítica, a la que él apoya como un mal necesario para el desarrollo analítico, pero ante la cual trata de mantener su libre pensamiento y, a veces, llega a estar en oposición. Teme que los avatares (y las regulaciones) del ejercicio profesional traben el desarrollo de la ciencia.

Retoma el tema central en el séptimo capítulo, donde le hace decir a su interlocutor:

Usted mismo dice que la enorme mayoría de sus discípulos y partidarios son médicos. Se me ha revelado que ellos en modo alguno comparten el punto de vista de usted en el problema del análisis ejercido por los legos. Tengo derecho a suponer, desde luego, que sus discípulos adhieren a sus exigencias de preparación y no obstante hallan compatible con ello prohibir el ejercicio del análisis a los legos. (Freud, 1926/1976b, p. 224)

Freud aborda acá el problema del diagnóstico, ya que es estricto respecto a que la indicación de análisis se justifica exclusivamente en la neurosis. Dicho diagnóstico no es tan fácil de acotar, como parecería que lo muestra el caso que ocasiona la denuncia contra Reik, relacionado con un diagnóstico equivocado de Freud al hacerle la derivación a Reik del paciente estadounidense.

Mirado desde la actualidad, se observa cuánto más complejo tenemos el campo respecto de aquellos que creemos pueden beneficiarse con el tratamiento psicoanalítico. Y cuánto más complejo e inabarcable es, ya que son muchas otras las teorizaciones posfreudianas que vendrían en nuestro auxilio teórico frente a esta ampliación del campo.

Ese temor recurrente de no advertir la enfermedad mental (psicosis) en el consultante es vislumbrado por Freud en todo aquello que puede considerarse como factores que dificultan que la organización yoica pueda adquirir una conformación adecuada para afrontar la vida, y tiende a ubicarlos en el terreno orgánico, heredado. En esos casos donde es crítico el diagnóstico diferencial, el análisis se sirve del médico cuando sospecha que una perturbación orgánica se presenta en el paciente. Freud (1926/1976b) observa al respecto que el «tratamiento orgánico y

psíquico no se ejecutan bien reunidos en una sola mano» (p. 228). A continuación, abunda en argumentos al respecto:

el vínculo de la transferencia puede hacer desaconsejable que el analista examine corporalmente al enfermo y en tercer lugar el analista tiene todas las razones de dudar de su [propia] imparcialidad pues su interés se concentra de manera muy intensa en los factores psíquicos. (Freud, 1926/1976a, p. 228)

Freud retoma su posición de defensa de los analistas legos, considerando detenidamente los intereses del enfermo, del médico y de la ciencia, e incluye también los intereses de los futuros pacientes, particularmente en el contexto de una cultura que favorece la aparición de la neurosis. Para el enfermo,

tiene una importancia incomparablemente mayor que el analista tenga cualidades personales, que lo hagan digno de confianza, y que haya adquirido conocimiento e intelecciones, así como experiencias que lo habiliten para cumplir la tarea [...] los analistas legos que hoy ejercen el análisis no son individuos ordinarios cualesquiera, sino personas de formación académica, doctores en filosofía, pedagogos, y mujeres de gran experiencia en la vida y sobresaliente personalidad, que además deben someterse al instituto didáctico en análisis. (Freud, 1926/1976b, p. 229)

Freud avizora, sueña:

Si algún día se fundara una escuela superior psicoanalítica —cosa que hoy puede sonar fantástica—, debería enseñarse en ella mucho de lo que también se aprende en la facultad de medicina: junto a la psicología de lo profundo, que siempre sería lo esencial, una introducción a la

biología, los conocimientos de la vida sexual con la máxima extensión posible, una familiarización con los cuadros clínicos de la psiquiatría [así como también] historia de la cultura, mitología, psicología de la religión y ciencia de la literatura. Sin una buena orientación en estos campos, el analista quedaría inerme frente a gran parte de su material. (1926/1976b, p. 230)

Otra afirmación fundacional sobre la materia de estudio de lo anímico, que la distingue de lo biológico, es la siguiente: «No importa el modo que la filosofía pretende salvar el abismo entre lo corporal y lo anímico; él subsiste en principio para nuestra experiencia, y por cierto para nuestros empeños prácticos» (Freud, 1926/1976b, p. 231).

Si bien hoy, con el avance de las neurociencias, se nos abre la posibilidad de ir achicando brechas, estos descubrimientos no son contrarios a los correlatos psíquicos formulados por el psicoanálisis y mantienen el postulado básico aquí formulado. Asimismo, Freud (1926/1976b) argumenta a favor de la menor regulación en función del interés de la ciencia, que es aquel que para él siempre ha sido la preocupación mayor. Y lo mismo hace en relación a la contribución que el psicoanálisis puede aportar a la cultura, más allá de la práctica clínica: «Lo que de verdad interesa son las posibilidades de desarrollo interno del psicoanálisis, que están más allá de ordenamientos y prohibiciones» (p. 234).

Hasta aquí, la lectura de este material por el aspirante a formación psicoanalítica a fin de desarrollar una práctica lo podría poner en cómodo diálogo con Freud, quien no suele hablar para un lego respecto del psicoanálisis. Si bien le otorga a ese interlocutor imaginario para el cual escribe características de juicio similares a las de sí mismo, ello puede implicar dificultad ante otro que careciera de dicha actitud intelectual.

En el epílogo de la obra de Freud que aquí releemos, el autor informa sobre el fin del proceso contra Reik, del cual fue sobreseído. Adjudica

este fallo más a las inconsistencias del demandante que a las virtudes de su escrito. En este epílogo se alude también a la resolución en contra de los analistas legos del grupo de Nueva York, que Freud obviamente no comparte. Según nos dice Roudinesco (2015), Jones y Eitingon influyeron para que en su texto Freud suavizara los términos en contra de los estadounidenses, que resultarían inconvenientes por razones políticas, propias de la institucionalidad psicoanalítica internacional.

Creemos que en esta obra Freud (1926/1976b) jerarquiza, como en ninguna otra publicación, la importancia de la formación en psicoanálisis y remarca y defiende su especificidad al separarlo de la medicina. Afirmamos nosotros que esa especificidad también lo separa de la psicología a partir de la institución de su metapsicología. Tanto la medicina como la psicología son las formaciones de grado que han constituido con mayor frecuencia la base de la formación psicoanalítica, y ambas son buenos precedentes, pero no contemplan su especificidad, dada por lo psíquico inconsciente, por lo cual no dejan de representar cierto lastre.

§

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BRABANT, E., FALZEDER, E. y GIAMPIERI-DEUTSCH, P. (eds.) (1999). *Sigmund Freud, Sándor Ferenczi. Correspondencia completa* (vol. VI). Síntesis.
- FREUD, S. (1976a). Inhibición, síntoma y angustia (1926 [1925]). En *Obras completas* (vol. XX, pp. 71-164). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926.)
- FREUD, S. (1976b). ¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial (1926). En *Obras completas* (vol. XX, pp. 165-244). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926.)

- FREUD, S. (1978). Tres ensayos sobre la teoría sexual (1905). En *Obras completas* (vol. VII, pp. 109-224). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905.)
- FREUD, S. (1986). Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos (1913 [1912-13]). En *Obras completas* (vol. XIII, pp. 1-164). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913.)
- ROUDINESCO, E. (2015). *Freud en su tiempo y en el nuestro*. Debate.
- ROUDINESCO, E. y PLON, M. (1998). *Diccionario de psicoanálisis*. Paidós.
- STRACHEY, J. (1976). Nota introductoria. En S. Freud, *Obras completas* (vol. XX, pp. 167-169). Amorrortu.